

**SEÑOR, ACUÉRDATE DE MÌ CUANDO VENGAS EN TU REIGNO - Comentario al Evangelio de P.
Ricardo Pérez Márquez OSM**

Lc 23,35-43

En aquel tiempo [cuando crucificaron a Jesús] el pueblo estaba mirando, y aun los gobernantes se burlaban de él diciendo: -- A otros salvó; sálvese a sí mismo, si este es el Cristo, el escogido de Dios.

Los soldados también se burlaban de él, y se acercaban ofreciéndole vinagre y diciendo: -- Si tú eres el Rey de los judíos, sálvate a ti mismo. Había también sobre él un título escrito con letras griegas, latinas y hebreas: "Este es el Rey de los judíos". Uno de los malhechores que estaban colgados lo insultaba diciendo: -- Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros. Respondiendo el otro, lo reprendió, diciendo: -- ¿Ni siquiera estando en la misma condenación temes tú a Dios?

Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; pero este ningún mal hizo. Y dijo a Jesús: -- Acuérdate de mí cuando vengas en tu Reino. Entonces Jesús le dijo: -- De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso.

En la fiesta de Cristo Rey, con la que se cierra el año litúrgico, a partir del domingo que viene, empieza el periodo de Adviento en preparación a la Navidad, el evangelista Lucas, tomando el episodio de la crucifixión de Jesús, quiere explicarnos de qué manera debemos entender esta realeza, por qué decimos que Jesús es rey. Y lo hace en un momento tan trágico para Jesús, como es su muerte en la cruz.

Este episodio último recuerda en cierto modo el episodio de las tentaciones en el desierto, cuando el diablo, al cabo de la tercera tentación, dice el evangelista Lucas que se alejó de Jesús para volver en el momento indicado, en el momento oportuno. El momento oportuno es éste, cuando Jesús, muriendo en la cruz tiene a sus adversarios que, burlándose de él, le proponen que se salve a sí mismo. Empezando por los jefes religiosos del pueblo que se burlan de él diciendo: “Si él es el Mesías de Dios, que se salve a sí mismo”. O también los soldados, los que llevan a cabo la ejecución de Jesús, se burlan, lo desprecian ofreciéndole el vinagre y también le preguntan, “si tú eres el rey de los judíos – aquí tenemos el título “rey” – sálvate a ti mismo”. Y, por último, uno de los malhechores, que han sido

crucificados con él le reprocha que si él es el Mesías, que se salve y que también los salve a ellos. Es decir estas preguntas que Jesús recibe en la cruz recuerdan las mismas tentaciones del diablo en el desierto, porque el diablo lo que le propuso es que él fuera un Mesías de poder, una persona poderosa que pensara sobre todo en sí mismo, que usara su fuerza y sus capacidades para crearse una imagen potente y ser una persona por encima de los demás. Esto es lo que ahora le proponen a Jesús, que reniegue de su misión, que se acuerde solamente de sí mismo y que intente salvar su vida, si realmente tiene estas capacidades y estos poderes como consagrado de Dios.

Jesús, llegando al final de su vida, mantiene hasta el último momento su fidelidad al proyecto del Padre. Jesús no reniega de este proyecto y, sobre todo, su compromiso lo manifiesta en un momento en el que no tiene ninguna posibilidad de actuar, de reaccionar a lo que son las tentaciones o los reproches de sus adversarios. Jesús está solamente clavado en la cruz y en ese momento uno de los malhechores, cuando ve el desprecio y cuando ve también las acusaciones que le hacen los adversarios a Jesús, en particular la del otro malhechor que le reprocha que no se salve a sí mismo si realmente es este Mesías tan poderoso, el segundo de los malhechores se dirige a Jesús diciéndole: “Jesús, cuando vengas como rey, pues acuérdate de mí”.

Este malhechor ve en Jesús que está en punto de muerte, que no tiene ninguna corona de oro y de perlas sobre su cabeza, que no tiene ningún cetro de mando en sus manos y que no está sentado en un trono grandioso, vestido con vestidos lujosos y de persona importante, este malhechor ve en la persona de Jesús el verdadero Rey, porque percibe en su actitud todo el amor y toda la compasión que el Padre está manifestando en la persona de Jesús y en ese momento tan dramático para él. Y ese malhechor, que no tiene ningún mérito, que ha llevado una vida completamente equivocada, le pide, se dirige a Jesús pidiéndole que se acuerde de él. Y Jesús va a llevar a cabo su misión, la va a completar en ese momento en el que ya no tiene ninguna posibilidad ni de enseñar, ni de reaccionar a las acusaciones o a las tentaciones o a los obstáculos que le ponen sus adversarios. Jesús va a llevar a cabo su compromiso; él no va a renegar de su misión. Y Jesús, que ha venido a buscar los que estaban perdidos, que ha venido a llamar a los pecadores y no a los justos, responde a ese malhechor: “Te lo aseguro, hoy estarás conmigo en el paraíso”.

Jesús es como el Buen Pastor que lleva a la oveja perdida a sus espaldas. Y Jesús demuestra de esta manera cómo se realiza el proyecto del Padre, dando la vida por esta causa, sin ningún tipo de límite, sin ningún tipo de miedo o de temor ni nada de eso, sino ofreciéndose completamente, como lo está haciendo Jesús. Entonces, en eso está la realeza de Jesús; no vamos a decir que Jesús sea rey comparándolo con los reinos mundanos, con los reyes que conocemos en la historia. Jesús no tiene nada que ver con todo eso, al contrario, presentándolo como rey de los judíos en la cruz, el evangelista Lucas está derrumbando, está aboliendo todas las imágenes de poder que se exalta, de monarquías absolutas que dominan porque el único poder que Jesús manifiesta en la cruz es el de un amor incondicionado. Y ese poder lo va a dirigir en una manera tan gratuita, tan espontánea y tan segura a un malhechor que, sin merecer nada, le pide solamente que se acuerde de él. Y Jesús se lo asegura, claro, “hoy estarás conmigo en el paraíso”. Jesús no dice que en un futuro, o cuando se habrá arrepentido o cuando habrá

pagado por sus penas, sino hoy mismo. En el momento en que Jesús siente esta petición por parte de un pecador, en ese mismo momento Jesús le asegura que estará con él en el paraíso.

La palabra “paraíso”, que es una palabra rara porque no pertenece al lenguaje semítico sino que viene de otra cultura, como es la cultura persa, significa un jardín de delicias. Y esta palabra, claro, nos recuerda el libro del Génesis cuando se hablaba también de Adán y Eva que fueron expulsados del paraíso por su transgresión, por su pecado. Pues bien, el evangelista Lucas nos ayuda a leer ahora de una manera nueva ese episodio del Génesis, en el que Dios no expulsa a nadie de su presencia, Dios no echa a nadie fuera de esa realidad de vida que ha creado, que se puede llamar el paraíso, sino que Dios ha intentado siempre que el hombre y la mujer puedan entrar en este paraíso. Él ha creado un jardín de vida para que todas las criaturas humanas tengan acceso a él.

Y eso es lo que nos recuerda hoy el Evangelio en esta fiesta de Cristo Rey. Cristo es rey porque nos hace ver que el paraíso está abierto a todos, que nadie se puede sentir excluido. Ese malhechor no tenía ningún mérito para poder entrar en el paraíso y Jesús, en cambio, le asegura que estará allí solamente porque ha hecho esa petición reconociendo a Jesús como ese hombre que puede dar la vida, de poder estar con él.

El paraíso no es un lugar para pocos y no es un premio para el “más allá”, sino que el paraíso es reconocer a Dios, Jesús, presente en nuestra vida como el que nos enseña de qué manera podemos también nosotros demostrar nuestra realeza, si abandonamos las coronas, los cetros, los tronos, los vestidos lujosos y nos ponemos en una actitud de servicio.

Esta es la única realeza que Jesús acepta y esta es la que ha distinguido su vida. Y con esta realeza nosotros sabemos que el paraíso está abierto para todos y que nadie se puede sentir excluido, nadie se puede considerar fuera de él. Entonces, si en el libro del Génesis el hombre y la mujer fueron expulsados por su pecado, en el evangelio de Lucas, un pecador con su pecado entra en el paraíso y vive en la máxima comunión con Dios.